

A painting of a person walking down a path in an autumn forest. The path is covered in fallen leaves, and the trees are filled with vibrant orange, yellow, and red foliage. The scene is bathed in a warm, golden light, creating a serene and contemplative atmosphere. The person is small in the distance, walking away from the viewer.

Danielle STEEL

Lecciones
de juventud

Saint Ambrose es el exclusivo colegio donde han estudiado los varones adinerados del lugar desde hace más de un siglo. Y este curso admitirá por primera vez alumnado femenino en un entorno que parece idílico, pero que en realidad oculta problemas familiares, inseguridades y soledad.

Una faceta oscura de la vida en el internado sale a la luz cuando, tras una fiesta, una de sus estudiantes acaba en el hospital inconsciente. Quienes saben lo que pasó han decidido guardar silencio, pero a medida que la investigación avanza y la policía intenta desenmascarar al culpable, los involucrados se enfrentan a una encrucijada y deben elegir entre la salida más fácil o hacer lo correcto, entre mentir o decir la verdad. Nadie en Saint Ambrose escapará a las consecuencias.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

*Para Beatie, Trevor, Todd, Nick,
Samantha, Victoria, Vanessa,
Maxx y Zara.*

*A mis queridos hijos,
que seáis afortunados, sabios y valientes,
que seáis honestos y buenos,
amaos los unos a los otros,
defended aquello en lo que creéis,
y haced lo que sabéis que es lo correcto.
¡Os quiero muchísimo
y estoy muy orgullosa de vosotros!*

MAMÁ/D. S.

Lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada.

Frase atribuida a EDMUND BURKE

1

El martes siguiente al día del Trabajo, una de esas doradas y perfectas mañanas de septiembre en Massachusetts, los estudiantes empezaron a llegar al colegio Saint Ambrose. La escuela tenía más de ciento veinte años de antigüedad, y sus impresionantes edificios de piedra ofrecían un aspecto tan distinguido como el de las universidades en las que la mayoría de los alumnos serían aceptados cuando se graduaran. Muchos ilustres hombres habían salido de aquel centro privado para dejar su impronta en el mundo.

Era una jornada histórica para Saint Ambrose. Después de diez años de acalorado debate, y tras dos de preparación, ciento cuarenta estudiantes femeninas iban a ingresar en el centro para unirse a los ochocientos alumnos varones. Era parte de un programa progresivo de tres años, al final del cual cuatrocientas jóvenes formarían parte del cuerpo estudiantil, que ascendería entonces a un total de mil doscientos matriculados.

En ese primer curso se había aceptado a sesenta alumnas de primero, cuarenta de segundo, treinta y dos de tercero y ocho de último año. Estas ocho eran jóvenes que, o bien se habían trasladado recientemente a la costa Este, o bien tenían razones de peso para cambiar de instituto en su último año y, por tanto, no se graduarían con las compañeras con las que habían cursado la secundaria. Todas las aspirantes a ingresar en el colegio habían sido sometidas a un riguroso proceso de selección para asegurarse de que esta-

ban a la altura de los estándares de Saint Ambrose, tanto morales como académicos.

Se habían construido dos residencias para acoger a las nuevas alumnas, y estaba previsto finalizar la construcción de la tercera el año siguiente y una cuarta para el próximo. Hasta la fecha, todos los cambios y adiciones se habían producido de manera fluida y sin contratiempos.

Durante el curso anterior se habían impartido extensos seminarios para asesorar al cuerpo docente sobre cómo realizar la transición de enseñar en un colegio exclusivamente masculino a hacerlo en uno de carácter mixto. Los defensores del nuevo sistema alegaban que contribuiría a mejorar el estatus académico de la escuela, ya que a esa edad las chicas tendían a estar más centradas en los estudios y se adaptaban antes a la dinámica académica. Otros sostenían que aquello ayudaría a que los estudiantes tuvieran una formación más integral, ya que tendrían que aprender a convivir, trabajar, colaborar y competir con miembros del sexo contrario, lo cual era al fin y al cabo más representativo del mundo real al que se enfrentarían en la universidad y en la vida en general.

En los últimos años habían disminuido ligeramente las matriculaciones en Saint Ambrose, debido a que la mayoría de sus competidores ya se habían incorporado al sistema de enseñanza mixta, algo que muchos padres y estudiantes preferían. Si no se adaptaban pronto no podrían mantenerse al día y competir con los demás colegios privados.

Sin embargo, había sido una batalla muy difícil de ganar. El director de Saint Ambrose, Taylor Houghton IV, fue uno de los últimos en convencerse de sus beneficios. Al principio no veía más que un sinfín de complicaciones, como los romances entre estudiantes, algo a lo que no tenían que enfrentarse en un internado masculino. Lawrence Gray, el jefe del Departamento de Lengua y Literatura inglesas, había llegado a preguntar si no acabarían convirtiéndose en el colegio Santa Sodoma y Gomorra. Después de treinta y

siete años en Saint Ambrose, Larry Gray había sido el más vehemente opositor al cambio. Era una persona tradicional, conservadora y, en el fondo, un tanto amargada, pero sus objeciones habían sido rechazadas por todos aquellos que querían que el colegio se adaptara a los nuevos tiempos, por muchos desafíos que ello conllevara.

La actitud resentida de Larry Gray tenía su origen en el hecho de que, cuando llevaba diez años en Saint Ambrose, su mujer lo abandonó por el padre de un alumno de segundo. Nunca consiguió recuperarse de aquello ni había vuelto a casarse. Desde entonces había permanecido otros veintisiete años en el colegio y, aunque era una persona infeliz, también era un profesor excelente. Siempre lograba sacar el máximo rendimiento de los chicos, que se graduaban con la mejor preparación posible para brillar en la universidad de su elección.

Taylor apreciaba a Larry. Lo llamaba afectuosamente el «profesor cascarrabias», y estaba preparado para soportar sus quejas constantes a lo largo del año que se avecinaba. Su reticencia a modernizar el colegio había provocado que nunca se le hubiera tenido en cuenta para ocupar el puesto de subdirector. Y ahora, cuando le faltaban solo dos años para jubilarse, continuaba manifestando sus objeciones a la llegada de estudiantes femeninas.

Cuando el anterior subdirector se retiró, incapaz de afrontar un cambio de tal magnitud, la junta escolar emprendió una exhaustiva búsqueda para sustituirlo que se prolongó durante dos años. Al final, se mostraron absolutamente satisfechos cuando lograron convencer a una brillante joven afroamericana, subdirectora de un colegio privado rival, para que aceptara el puesto.

Nicole Smith, graduada por Harvard, estaba emocionada por incorporarse a Saint Ambrose en esta nueva etapa de transición. Su padre era decano de una pequeña pero prestigiosa universidad y su madre era una poeta laureada que daba clases en Princeton. Nicole llevaba la vida académica

mica en la sangre, y a sus treinta y seis años estaba llena de energía y entusiasmo. El director Houghton, el cuerpo docente y la junta escolar estaban encantados de que se uniera a ellos. Ni siquiera Larry Gray había puesto pega a su incorporación, incluso le caía bien la joven. El veterano profesor había olvidado sus aspiraciones de convertirse en subdirector. Todo lo que quería era jubilarse y no paraba de decir que esperaba ansioso que llegara ese momento.

El presidente de la junta escolar, Shepard Watts, había sido uno de los más fervientes defensores de que el colegio pasara a ser mixto. Admitía sin reparos que tenía ciertas motivaciones personales para ello. Sus gemelas de trece años entrarían como estudiantes de primero en el siguiente curso, y su hijo de once lo haría tres años después. Quería que sus hijas tuvieran las mismas oportunidades que sus hermanos de recibir una educación de primera categoría en Saint Ambrose.

Las gemelas ya habían presentado sus solicitudes y habían sido aceptadas. El ingreso dependería en última instancia de sus notas en octavo curso, aunque dado su historial hasta la fecha no cabía duda de que no tendrían problemas. El hijo mayor de Shepard, Jamie Watts, iba a empezar el último año de secundaria y era uno de los estudiantes estrella del colegio. Su rendimiento académico era más que destacable y también sobresalía en las actividades deportivas. Era un chico magnífico en todos los aspectos y le caía bien a todo el mundo.

Shepard trabajaba como banquero de inversiones en Nueva York. Su esposa, Ellen, era una madre muy activa y entregada que, además, ejercía como presidenta de la asociación de padres. Un verano de hacía ya veinte años entró a trabajar para Shepard como becaria. Un año después ya estaban casados. Taylor Houghton y Charity, su mujer, les apreciaban mucho y los consideraban buenos amigos.

El director y su esposa tenían una hija, ya casada, que trabajaba como pediatra y vivía en Chicago. Charity daba

clases de historia y latín en el colegio y le entusiasmaba la idea de poder enseñar también a chicas a partir de este año. Procedía de una familia de Nueva Inglaterra con firmes valores y cumplía a la perfección su papel de esposa del director de una venerable institución privada. Estaba orgullosa de su marido y del cargo que ocupaba.

Taylor, al que le quedaban aún diez años para jubilarse, estaba consagrado en cuerpo y alma al colegio. Pese a ser un centro tan grande, reinaba en él un ambiente familiar, y Charity se esforzaba por conocer al mayor número posible de alumnos y a sus padres.

Al igual que otros miembros del cuerpo docente, ejercía como tutora de un grupo de estudiantes y se encargaba de hacer el seguimiento de su trayectoria académica durante los cuatro años de secundaria. En cuanto iniciaban el último curso, empezaba a trabajar con sus pupilos ayudándoles a rellenar las solicitudes para la universidad, escribiendo cartas de recomendación para ellos y aconsejándoles sobre cómo elaborar sus redacciones de presentación. La mayoría de los estudiantes de Saint Ambrose aspiraban a universidades de la Ivy League, y era impresionante el número de ellos que eran aceptados cada año.

Taylor Houghton y Nicole Smith observaban la llegada de los alumnos desde lo alto de las escaleras del edificio de administración cuando Shepard Watts y su hijo Jamie entraron en el campus. Shepard dejó que su hijo fuera a reunirse con sus amigos y se acercó a saludar a Taylor y Nicole, que contemplaba con ojos brillantes y emocionados la procesión de grandes vehículos y monovolúmenes que se dirigían a las zonas de aparcamiento habilitadas para los distintos cursos.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Shepard mientras sonreía a la subdirectora.

—Al parecer, bastante bien —respondió ella, también con una gran sonrisa—. Han empezado a llegar a las nueve y un minuto.

La explanada del aparcamiento ya estaba casi llena.

—¿Dónde está Larry? —le preguntó Shepard a Taylor.

Por lo general siempre andaba por allí cerca para ver la llegada de los estudiantes.

—Le están poniendo oxígeno en mi despacho —respondió el director, y los tres se echaron a reír.

Taylor era un hombre alto y de porte atlético, con el cabello entreverado de canas y unos vivaces ojos marrones. Había estudiado en Princeton, como todos los hombres de su familia antes que él. Charity había ido a Wellesley, y Shepard a Yale. El presidente de la junta escolar era un hombre atractivo, con el pelo oscuro y unos penetrantes ojos azules. También era el mayor recaudador de fondos para el colegio. Nunca aceptaba un no por respuesta y recogía sustanciosas cantidades de dinero tanto de las familias de los estudiantes actuales como de los exalumnos. Además, también era un generoso benefactor. Y a pesar de las exigencias de su profesión, era un padre devoto y entregado que durante los últimos tres años había demostrado una gran dedicación tanto a su hijo como a Saint Ambrose.

Los tres permanecieron en lo alto de las escaleras contemplando cómo los grandes vehículos se dirigían hacia sus plazas de aparcamiento para descargar las bicicletas, los ordenadores y el resto de las comodidades domésticas que se les permitía traer a los estudiantes. En la entrada del campus se habían dispuesto unas largas mesas, donde varios profesores orientaban a los alumnos sobre los dormitorios que se les habían asignado.

Como de costumbre, reinaba cierta confusión; los padres cargaban con mochilas, baúles, cajas y ordenadores, mientras los estudiantes veteranos iban a buscar a sus amigos y a confirmar dónde se alojarían. Hacía un mes que habían recibido toda la información por correo electrónico, pero por si alguien había olvidado traer la documentación, en las mesas volvían a comunicarles todo lo referente a la

asignación de dormitorios y al programa de la jornada inaugural.

Los de primero se alojarían en cuartos para entre cuatro y seis estudiantes; los del último curso contaban con habitaciones sencillas o dobles, mientras que los de segundo y tercero disponían de cuartos para tres o cuatro alumnos. Las dependencias femeninas seguían el mismo sistema. Habría una profesora en cada residencia por si alguna se ponía enferma o tenía algún problema, y también para asegurarse de que todas se comportaban y cumplían las normas.

Gillian Marks, la nueva directora deportiva, había sido asignada a una de las residencias femeninas. Su predecesor en el puesto durante los últimos veinte años había dimitido cuando se confirmó que el colegio iba a admitir a chicas. Gillian era una mujer enérgica y vitalista que aceptó entusiasmada el puesto cuando se lo ofrecieron. Era una auténtica superestrella del deporte: a los dieciocho años ganó una medalla de plata olímpica en salto de longitud y estableció un récord que todavía no había sido batido. Tenía treinta y dos años y medía casi un metro noventa. Había sido directora deportiva adjunta en un internado femenino y estaba encantada de poder trabajar también con chicos.

Simon Edwards, uno de los profesores de matemáticas, la ayudaría a entrenar al equipo masculino de fútbol. Se había aficionado a ese deporte durante los dos años que había pasado en Francia e Italia después de graduarse en la universidad. Más tarde dio clases en un exclusivo instituto privado mixto de Nueva York y desde el curso pasado trabajaba en Saint Ambrose, ya que quería disfrutar de la experiencia de enseñar en un internado. Y este año, después de que el colegio se convirtiera en mixto, había regresado con más entusiasmo si cabe.

A sus veintiocho años, era el miembro más joven del cuerpo docente. Gillian y él se habían conocido en agosto, cuando se reunieron para hablar sobre cómo abordarían los entrenamientos. Las pruebas para formar los distintos equi-

pos deportivos empezarían al día siguiente. El colegio disponía también de una piscina cubierta de dimensiones olímpicas construida gracias a las donaciones de un exalumno, y contaba con un potente equipo de natación. Gillian se encargaría además de entrenar a los equipos femeninos de voleibol y baloncesto.

El director y la subdirectora observaron junto a Shepard Watts cómo Gillian Marks daba la bienvenida a las alumnas de primero en la zona de aparcamiento correspondiente, y cómo Simon Edwards hacía lo mismo con los chicos nuevos. Los estudiantes de cursos superiores, que ya conocían la rutina y dónde estaban sus dormitorios, se abrían paso entre el gentío en busca de sus amigos, contentos de reencontrarse después del verano.

Poco después vieron llegar a Steve Babson. El muchacho tenía el historial académico más extenso de todo el colegio en cuestión de sanciones y períodos de vigilancia a prueba, y todos los años pasaba de curso por los pelos. Su padre, Bert Babson, era cirujano cardíaco en Nueva York. Rara vez aparecía por la escuela y siempre se mostraba muy duro con Steve cuando le llamaban desde Saint Ambrose para comunicarle algo acerca de su hijo.

Jean Babson, la asustadiza y un tanto desorientada madre, venía a visitarle sola, y tanto Taylor como el tutor de Steve intuían por experiencia que la mujer tenía un problema con el alcohol, aunque lograba mantenerlo bajo control cuando visitaba a su hijo.

Había indicios de que la vida familiar de Steve no era fácil, con un padre agresivo y una madre inestable, pero el muchacho había conseguido llegar al último año de secundaria y además era un buen chico, atractivo con su aspecto un tanto desaliñado, el pelo castaño rizado e inocentes ojos marrones. Había algo en él que recordaba a un cachorrillo grande y entrañable y que llegaba directamente al corazón de sus profesores, lo que ayudaba de alguna manera a compensar sus bajas calificaciones.

Gabe Harris había venido en coche desde Nueva York con su compañero Rick Russo. Shepard suspiró cuando vio a la madre de Rick vestida con un traje Chanel rosa y tacones de aguja en medio de la campiña de Massachusetts. Parecía recién salida de la peluquería y, como siempre, llevaba una gruesa capa de maquillaje. Shepard estaba convencido de que, si estuviera más cerca, su perfume le marearía.

El padre de Rick, Joe Russo, poseía una cadena de grandes almacenes de lujo en Texas y Florida y era con creces el principal benefactor del colegio. En los últimos tres años había donado un millón de dólares cada año, así que no les quedaba más remedio que soportar su prepotencia.

Rick era todo lo contrario a sus padres. Tenía el pelo castaño claro, los ojos grises y un carácter natural que le hacía llevarse bien con todo el mundo. Eso era lo que él quería, y no destacar como lo hacían sus padres. Además de un magnífico estudiante, era un chico discreto y sin pretensiones que nunca alardeaba de su estatus. Shepard pensaba que Joe Russo era una persona insoportable pero, como presidente de la junta escolar, debía mostrarse complaciente con él, dada la enorme cantidad de dinero que donaba al colegio. Su mujer, Adele Russo, había llegado conduciendo el nuevo monovolumen de Bentley, que Shepard sabía que costaba casi trescientos mil dólares.

El otro alumno que había venido con ellos, Gabe Harris, también era un buen chico, aunque un estudiante mediocre a pesar de sus esfuerzos. Además, era uno de los deportistas estrella del colegio y confiaba en obtener una beca deportiva para acceder a la universidad. Era uno de los pocos estudiantes becados de Saint Ambrose. Al ser el mayor de cuatro hermanos, sus padres estaban invirtiendo mucho en su educación a fin de demostrarles al resto de sus hijos que, si Gabe podía conseguirlo, ellos también.

El padre, Mike Harris, era uno de los mejores entrenadores personales de Nueva York, y la madre, Rachel, regen-